



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 4 DE JUNIO DE 2023

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

Encuentros con el más allá

SEMBLANTE TRISTE.
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Del espejo retrovisor colgaba un collar con figuras de huesos y cráneos en concha pulida. La guantera llevaba pegada una estampa con la imagen de una mujer desnuda en un calabozo, rodeada por llamas de fuego, con grilletes en las muñecas, de donde salían dos cadenas rotas. En las bocinas del auto podía escucharse "Santería" de Lola Índigo. Seis cuerdas más adelante estaba la dirección a donde Humberto se dirigía para recoger pasaje. La aplicación del Waze, abierta en su teléfono celular, estimaba que llegaría en dos minutos. A Humberto le entretenía imaginar a quién recogería. Esta vez: se trataría de un arquitecto. Cuando estuvo cerca del edificio de dos pisos, color naranja oscuro, donde lo esperaban, notó que el lugar era una fábrica de cajas de madera, según podía leerse en el anuncio luminoso al frente del edificio. Y el sujeto que lo esperaba con el celular en la mano parecía más bien un vendedor, con el portafolios entre las piernas.

Humberto apagó el radio, orilló el auto y escuchó cuando el hombre intentaba abrir la puerta trasera, sin éxito. Quitó el candado a las puertas. "Buenas tardes, ¿servicio para Ricardo?". "¡Correcto!". "¿Sigo la ruta de la aplicación?". "¡Por favor!". Humberto colocó su pie sobre el acelerador e inició el viaje. Avanzó dos cuerdas y observó a su pasajero por el retrovisor, mientras aquel leía algo en su celular. "¿Es usted arquitecto?". El hombre, atrás, se quedó pensando si había entendido bien la pregunta. Luego de unos segundos, dijo: "¡No!, ¿le parece?". "Para ser franco, usted se ve como que vende cosas". "¡No!, tampoco". Humberto se quedó en silencio, preguntándose si había hecho enojar a su cliente, quien, luego de observar con calma el collar que colgaba del espejo retrovisor, giró su cabeza para mirar hacia afuera por su ventana: suspiró y bajó el cristal para sentir el aire golpeándole el rostro.

En el asiento de conductor, Humberto reflexionaba sobre el poder mágico que tenían los santeros para adivinar las cosas, incluso aquellas que a la gente se le escondían sobre sí misma, ya fuera por ignorancia o por cobardía. Pero, él definitivamente no había sido dotado con esa gracia para leer lo ilegible. Por lo que nada lo detenía de reírse cada vez que erraba en sus juegos adivinatorios.

Veinte minutos más tarde, apareció en la aplicación una nueva solicitud de viaje por ciento ochenta pesos. Dos cuerdas adelante, el viajero descendió en su destino y Humberto continuó hacia la nueva dirección, donde pensó que lo esperaba la conductora de algún programa de radio.

Pero cuando llegó al lugar, encontró ahí a una pareja. Él llevaba traje oscuro. Se le podían calcular unos cuarenta y cinco años, como veinte más que a ella, quien vestía un coordinado de oficina: falda y saco verde sobre blusa blanca. "Estos me van a pedir que los lleve a un motel. Deben ser de esos vagos que se escapan a la hora de la comida para ir a revolcarse en la cama". El hombre en la banqueta miró su celular y confirmó que el auto que se acercaba era el taxi que esperaban. Ella llevaba los labios pintados de un rojo intenso, como clamor apa-



sionado de unos violines sonando en la cuerda más alta. Él tomó de la cintura a la mujer y la condujo hasta la puerta del auto. Intentó abrir, pero sin éxito. Humberto quitó la llave de las puertas. Primero subió ella, adelantando su pierna derecha, que lucía unas medias de encaje transparente. Su cuello desprendía el aroma de un perfume con tonos dulces y azulados. Cuando la joven estuvo acomodada en el asiento trasero, el caballero cerró la puerta y cruzó por atrás del carro para subir del otro lado. Una vez que los dos estuvieron acomodados, Humberto preguntó: "¿Servicio para Raúl?". "Así es". Humberto presionó el botón de arranque para comenzar el viaje en el celular y esperó a que el mapa le indicara el camino. "¿Sigo el trayecto de la aplicación?". "Por favor". Humberto colocó su pierna sobre el acelerador y comenzó el trayecto. "¿A Insurgentes Sur, 807?". "Correcto". Por el retrovisor, Humberto alcanzó a ver que el hombre le daba un beso en la mejilla a la mujer.

El auto siguió por Avenida Coyoacán mientras Humberto hacía un esfuerzo por recordar qué hotel se encontraba en esos rumbos. Volvió a mirar por el retrovisor y vio, ahora, cómo ella se acercaba entre los brazos del hombre. La memoria de Humberto hizo "click".

"¡Al hotel Beverly!, ¿verdad?", dijo Humberto. "No, a la funeraria Gayosso, de la Nápoles", respondió el hombre, mientras se ponía triste su semblante.

TACONES DE AGUJA

OLGA DE LEÓN G.

Los sueños mientras dormimos, suelen ser muy interesantes y a veces hasta maravillosos, por la dosis de credibilidad que les damos, o tienen en su propia naturaleza temática: según las vivencias que hayamos tenido en el día a día.

Este que empiezo a contar es un sueño que no soñé, pero sí lo viví.

Habíamos pasado una mala noche, dormimos con demasiadas interrupciones. A las cuatro con cincuenta minutos de la madrugada, salí de la recámara con un montón de sábanas, dos pijamas y sus playeras y tras abrir la puerta de la cocina, me hallé en el cuarto de lavado: nada más había que pensar: boté la ropa dentro de la lavadora, coloqué los líquidos en sus casillas, seleccioné el ciclo y eché a andar la máquina para luego repe-

tir el ciclo en hora y media más.

Reprogramé la alarma y subí a la cama esperando poder dormir... rogando, prácticamente a todos los Santos y a Dios Padre, que nada más interrumpiera mi sueño: ilusión fallida. Cincuenta minutos más tarde, me levanté para alistarnos: debíamos salir en dos horas y media.

Toda una hazaña que mi amado esposo se levante quiera bañarse o no; ya no peleo... total, solo en su cabello indomable al cepillo, podría alguien notar que no se bañó: no huele mal, ni suda de noche; dejen el clima encendido en "sueño tranquilo".

Llamé al Didi, llegó en dos minutos. Con la sillita andador afuera, la carpeta con los papeles y él, mi silente protagonista de esta y otras historias, esperándome para apoyarse en mi hombro y caminar hasta el auto. Él subió en el asiento del copiloto; yo me acomodé atrás y suspiré tratando de calmarme -salimos treinta minutos más tarde de lo que deseaba.

Llegamos. Caminamos a gran trecho, hasta Urología: tenemos cita a las 11:40 a.m. y eran las 11:25 a.m. Mi marido se acomodó en una de las sillas de la sala de espera, yo me dirigí al módulo de las asistentes e hice fila.

- ¿Viene a cita?
- Sí, y por...
- La inyección.
- Así es, hoy le toca.

Ya conocía el procedimiento y sabía que no saldríamos antes de dos horas.

Finalmente nombraron a mi esposo. Él, toda educación, se apresuró lo que pudo y una vez adentro, saludó amablemente al médico... Al preguntarle este cómo estaba, dijo: -muy bien, médico, y usted, ¿cómo ha estado?...

Acto seguido, intervine:

- ¿Puedo referirle la situación del último mes?

- Por favor, señora.

Hablé de lo que nos habían dicho otros especialistas, de los cambios en algunos medicamentos. Me contestó con mucha precaución en lo que decía y con profesionalismo... Respondió a mis dudas. Entonces le hablé de nuestro interés en consultar con otros médicos fuera de su Institución, le pareció perfecto y, entonces, le dije todo lo que me pedía el especialista que obtuviera de

ellos: estudios realizados con sus resultados y evidencias.

El médico, personalmente, buscó algunos documentos y me dijo a dónde debía ir para conseguir el resto, anticipándose que quizás ya no lo tendrían por el tiempo transcurrido. Nos dirigimos a donde le pondrían la inyección a mi marido: le dolió menos que otras veces, pero de inmediato se sintió muy débil, "mucho", me dijo. Le pregunté si aguantaría caminar con su andador hasta el fondo, de regreso, y me dijo que sí: es un hombre que no pierde su hombría; es muy valiente y aguantador.

Lo dejé sentado en la única banca cerca de los elevadores y le pedí que por ningún motivo se moviera de allí. Después de preguntar y volver a preguntar, di con Patología, en el Sótano 1. Estaba a punto de entrar en el cuarto, cuando un señor, creo que camillero, me dijo:

- ¿A dónde va, señora?

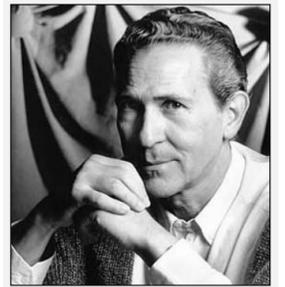
- A Patología

- Sí aquí es... pero para cadáveres... usted debe buscar el departamento que está en el primer piso.

Mientras él me explicaba, yo levanté mi mirada y leí: "Cadáveres"; volví la mirada y vi una fila de camillas con bultos cubiertos con una sábana. Casi me desmayo, pero como nunca lo he hecho, no me desmayé. Muy amablemente, el hombre me dirigí a la salida para decirme por dónde seguir hasta los elevadores. Me explicó cómo llegar a Patología. Me encontraría con un pasillo lleno de camas de hospital nuevas, apiladas de lado, que no dejaba confusión, lo difícil era saber si voltear a la izquierda o la derecha. En fin, di con "Patología".

Entré y un señor me dijo que no tardaba, luego de escucharme. Me quedé sentada. En otro escritorio, una guapa mujer, alta y esbelta, de cabellera larga y como treinta y tantos años, se levantaba sobre sus tacones de doce centímetros...

Pensé que no llegaba a los cuarenta. Mi sorpresa fue mayor cuando me dijo, con una gran sonrisa, que tenía cincuenta y dos. Por tanto, el consejo que pensaba darle sobre el uso de esos zapatos tan altos ya era innecesario: el daño a su espalda estaba hecho, o bien nunca aparecería.



Antonio Gala

(Brazatortas, Ciudad Real, 1937) Dramaturgo, novelista y poeta español. Criado en Córdoba, realizó sus estudios primarios y de bachillerato en la ciudad andaluza, en un colegio de La Salle. Posteriormente estudió Derecho en la Universidad de Sevilla, y tras obtener la licenciatura, Filosofía y Letras y Ciencias Políticas y Económicas en Madrid. Tras algunos años de dificultades económicas, en los que tuvo que trabajar como peón de albañil, repartidor de una panadería y dar clases, residió algún tiempo en Florencia. Fue profesor de Filosofía y de Historia del Arte en diversos colegios de Madrid.

Escritor precoz, se inició en la literatura en el círculo de la revista Cántico. Se considera a sí mismo un poeta, por encima de todo. De hecho, toda su obra tanto dramática como narrativa está impregnada de un fuerte lirismo, que cierta crítica ha calificado de trasnochado y anacrónico. Tras obtener el premio Adonias por el libro de poemas Enemigo íntimo (1959), publicó el poemario La deshonra (1962) y comenzó su actividad como dramaturgo con Los verdes campos del Edén (1963), obra sorprendentemente madura en la que el tono metafórico alcanzó tintes extremos y que sería galardonada con el Premio Calderón de la Barca (1963) y el Ciudad de Barcelona (1965).

A partir de entonces pudo dedicarse por entero a la literatura. Entre su producción inmediatamente posterior cabe destacar El caracol en el espejo (1964), El sol en el hormiguero (1966), Noviembre y un poco de yerba (1967), Los buenos días perdidos (1972) y Anillos para una dama (1973), obras con las que obtuvo grandes éxitos de taquilla no siempre referendados por la crítica. Los elementos simbólicos del teatro de Antonio Gala pretendieron interpretar la realidad contemporánea española: todos estos textos son resultado de la fusión de contenidos líricos, sociales y de crítica moral, expresados con frecuencia a través de metáforas intempORALES que proporcionan al espectador las claves para entender el presente.

Otros títulos importantes fueron Las cítaras colgadas de los árboles (1974), Petra regalada (1980), El cementerio de los pájaros (1982), El hotelito (1985), Séneca o el beneficio de la duda (1987), La truhana (1992) y Los bellos durmientes (1994). El autor ha llevado a cabo una prolífica labor como articulista en diversas publicaciones y ha escrito guiones de televisión como los de la serie Paisaje con figuras, editados en 1985.

En la década de los 90 hizo incursiones en el campo de la narrativa con títulos como El manuscrito carmesí (1990), por el que obtuvo el Premio Planeta. La pasión turca (1993) y La regla de tres (1996), cuyo denominador común es el análisis de las inclinaciones eróticas de los personajes femeninos, cuya sensualidad se manifiesta por medio de un lenguaje convencionalmente poético. La pasión turca fue uno de los libros más leídos del año en España, y de ella se hizo una adaptación cinematográfica (dirigida por Vicente Aranda y protagonizada por Ana Belén) que no satisfizo demasiado a su autor.

También es autor de los cuentos reunidos en El corazón tardío (1998) y de una compleja novela, próxima al género ensayístico, titulada Las afueras de Dios (1999). Posterior es su libro de memorias Ahora hablaré de mí (2000). En 1997, tras treinta años sin publicar poesía, editó Poemas de amor. De sus libros de poesía más recientes destacan Testamento andaluz (1994) y El poema de Tobías desangelado (2005). Antonio Gala ha sido asimismo autor de comedias musicales: Suerte, campeón (1973), El veredicto (1984), Carmen Carmen (1988), y del libreto de la ópera Cristóbal Colón (1985), que preparó con motivo del quinto centenario del descubrimiento de América.

ad pèdem literae

Reflexionar serena, muy serenamente, es mejor que tomar decisiones desesperadas

Franz Kafka

Letras de buen humor

No soy pesimista. Soy un optimista bien informado.

Antonio Gala

Mónica Lavín

Sobrevivir al naufragio: Ethel Krauze

Escribir es recuperar el tiempo. Es desovillar, es volver a estar ahí, es plantearse las preguntas, es restituir los detalles, los olores, insuflar de aliento lo que ya no está y proveer de anclas al presente. Eso es lo que hace Ethel Krauze en su novela más reciente, Samovar (Alfaguara, 2023) a través de Tatiana, joven mexicana de origen judío, fotógrafa y enredada en amores con un hombre casado al que llama el criminal, quien visita cada miércoles a su abuela Anna. La bobe vive con su hermana Lena y con Modesta, que trabaja en casa y que es parte fundamental de una dinámica de tres mujeres mayores que se conocen, se apoyan, se agreden, y han hecho de esos vicios (que todos podemos recordar de nuestros propios hogares familiares) una forma de vida. Con una prosa cargada de hallazgos poéticos, Ethel Krauze nos lleva por el camino de recuperar la procedencia rusa de su abuela (las úes del habla), sus dos matrimonios, sus maridos y la relación con la religión y sus preceptos. Nos lleva al mestizaje de culturas (que la propia Tatiana encarna), donde Modesta vive también lo que aprende de

ritos y costumbres que le son ajenas pero que amueblan el recorrido de su vida donde no ha conocido hombre, igual que Anna se deja tocar por los platillos de Modesta, sus cuidados y sus malos modos o su cariñosa manera de estar. Tatiana es testigo de la ambivalente relación entre las hermanas, esa tía abuela Lena, tacaña pero graciosa: como una bolita de azúcar entre chales claros siempre risueña. Ese trío es el escenario de los miércoles en el quinto piso de un departamento de la Condesa a los 27 años de Tatiana que contrapuntea sus días con los encuentros apasionados con su amante criminal.

La intensidad de los dos momentos son esenciales para Tatiana, que los goza mientras puede y que nutre su presente con el pasado de una mujer que descubre enigmática, fuerte, admirable. Paciera que las verdades que poco a poco va conociendo en este asomo al pasado de la abuela llevan a las revelaciones íntimas de lo que a Tatiana le toca decidir. Los naufragios se vuelven formas de salvación donde el samovar con su pátina del tiempo será símbolo y clave; hilvan



de los tiempos, los mares y la deriva. En dos partes y varios tiempos, divididos en fragmentos, Tatiana mayor escribe este recorrido de la memoria desde el encierro pandémico.

El intercambio verbal desde la conversación, con una forma de hablar el español aprendido en la adultez mezclada con el idish de la abuela Anna, será el mundo de palabras que traza un mapa de pertenencias, arraigos y desarraigo, las guerras, las migraciones, las persecuciones. Una novela que pone el hondo acento en una relación nutricia y entrañable como puede ser la de las abue-

las y las nietas. Mientras leo y asisto a esas tardes de té y galletas duras, recorro a mis propias tertulias de mujeres donde los afanes y formas y recuerdos mantenían a flote una historia de familia para no deslizarnos entre los agujeros de una tela desleída. Tatiana me lleva a las conversaciones con mi abuela que se truncaron a mis 12 años.

Cuánto Madrid puso en mi como Anna habrá de colocar Shmérinka en su nieta. Tantas cosas en un Samovar que Ethel Krauze nos comparte con una prosa cargada de imágenes, limpia, incisiva y conmovedora, en esta novela entrañable.